




---



---

## HISTORIA DEL PENSAMIENTO

---



---

# PIAGET Y LA METAFISICA

PILAR PALOP JONQUERES

Oviedo

### UN ROUSSEAU CONTEMPORANEO



Piaget personifica, en nuestros días, ante la opinión general, la figura venerable y venerada de un nuevo Rousseau. Como aquel célebre ginebrino, también Piaget, desde Ginebra, vuelve a preconizar el mismo naturalismo pedagógico y la misma defensa apasionada de la espontaneidad del desarrollo infantil. Ciertamente que Piaget no es, como el autor de *Las Confesiones*, inquieto e irascible, sino pausado y benevolente; no se manifiesta sentimental y atribulado, sino metódico y afable. Pero en su vida misma y en ciertos lugares de su inmensa obra no deja de latir el eco de una emoción romántica y de un pensamiento entusiasmado que lo hacen cálido y próximo. Su sabiduría reside, tal vez, en haber acertado a combinar las virtudes ginebrinas de Rousseau y las de Calvino, y en haber encontrado, así, una conjunción hábil entre esos dos tipos vitales, tan contrapuestos, de sus predecesores, en una bien dosificada mezcla de pasión y de férrea disciplina.

### LA INFANCIA REDESCUBIERTA

El Piaget que todo el mundo conoce, el más popular, es un protagonista importante de la Historia de la Psicología y de la Pedagogía. Es el psicólogo que ha estudiado incansablemente el comportamiento infantil, hasta descubrir que, contra lo que cabría esperar, el niño, tan carente, en apariencia, de todo misterio, es, por el contrario, una fuente inacabable de sorpresas. Piaget ha sabido poner de relieve que los niños se

mueven en un universo de ideas; no por falsas menos originales y cautivadoras. Los niños —ha mostrado Piaget— creen que se piensa con la boca y no con el cerebro; que los sueños se desarrollan en la alcoba del que duerme y no en su imaginación; que el almíbar aumenta de cantidad cuando, desde un recipiente amplio, pero corto, se trasvasa a otro más alto y estrecho. Los niños, asimismo, confieren vida a las plantas y a los astros, como los primitivos; se mueven en un mundo semi-mágico, donde no existe, originariamente, ningún principio de identidad ni de conservación; donde los seres se clasifican de forma arbitraria y las cantidades se calculan sobre la mera apariencia intuitiva.

Piaget, como un prestidigitador de la Psicología, ha vuelto interesante la infancia porque ha sabido extraer de ella, como de una caja mágica, fuera en apariencia, multitud de inesperados secretos. Para quienes conocen su nombre y han oído de su prestigio, Piaget es, pues, sobre todo, el gran artífice de la Psicología infantil; tal vez el más grande de nuestro siglo.

### PSICOLOGO A SU PESAR

Pero Piaget, él mismo, no se autoconcibe como un psicólogo; al menos, no de un modo principal. Piaget se autoconcibe, más bien, como un epistemólogo: como el creador de una nueva «ciencia de los incrementos del conocimiento» que ha llamado *Epistemología Genética*. Reconoce, eso sí, haber trabajado largamente en la Psicología, pero siempre con un designio mucho más ambicioso: el de elaborar una Epistemología científica que, hundiendo sus raíces en la Biología y abarcando el sistema entero de las ciencias, consiguiese explicar los más espléndidos logros del pensamiento racional como en-



cardinados y arraigados en la propia lógica de la materia viva.

Tal ha sido el gran proyecto biográfico de Piaget y el que ha marcado todo su itinerario intelectual. Así lo ha consignado él mismo, de modo expreso, en sus escritos autobiográficos y así lo ha dicho, también, repetidamente, siempre que ha tratado de caracterizar la Epistemología Genética.

## UN PIAGET OLVIDADO

La mayor parte de los biógrafos y estudiosos de Piaget (incluso los más eminentes como Flavell o Battro (1)) no han sabido, según creo, traducir ese anhelo suyo, ni interpretar cumplidamente el significado de su obra. Sus propios discípulos se han preocupado demasiado en resaltar que Piaget fué aquel niño sesudo y superdotado que, a la precoz edad de 11 años, había escrito ya su primer artículo —la descripción de un gorrión albino— y que, desde entonces, ha ido confirmando como el gran genio de la ciencia que hoy conocemos. También se han cuidado de mencionar el Piaget adolescente, que tuvo unos amores furtivos y fugaces con la Filosofía (tras la lectura de *La Evolución Creadora* de Bergson), para «desconvertirse», muy poco tiempo después, y apartarse definitivamente de la especulación filosófica.

(1) FLAVELL, J.H.: *La Psicología evolutiva de Jean Piaget*. Buenos Aires, Paidós, 1968. Ver, también, BATTRO, A.: *El Pensamiento de Jean Piaget. Psicología y Epistemología*. Buenos Aires, Emecé, 1969.

Han olvidado, en cambio, al joven Piaget de los 20, de los 22 años, y los libros que por entonces publicó (sus primeros libros editados).

Sin duda el propio Piaget es, en gran medida, culpable de ese olvido. Piaget ha sido, me parece, el peor biógrafo de Piaget, el que ha marcado la pauta de todos los demás, sobre todo a causa de *Sabiduría e ilusiones de la Filosofía* (2) donde, de un modo pretendidamente sincero, trata de escamotear y desdeñar, quizás incluso ante sí mismo, el aspecto más verdadero y profundo de su obra y su más importante fuente de inspiración: la Metafísica, la Filosofía.

Porque hay un Piaget que no se ha reeditado, que no se menciona y que, de un modo vergonzante, se intenta mantener oculto: es el Piaget de *La Mission de l'Idée* (3), el de *Recherche* (4) o el que escribió, junto a De la Harpe, *Deux types d'attitudes religieuses: Immanence et transcendance* (5), esas obras producidas en el albor de la juventud a las que antes me refería.

Aquél era un Piaget lleno de lirismo, frente al sobrio y algo reseco estilista de sus obras maduras; era un Piaget delirantemente especulativo, raptado de entusiasmo y de ideas generales, frente al comedido hombre de ciencia en que ha llegado a convertirse. Pero en aquel Piaget lejano y silenciado están, sin embargo, expresadas, siquiera en germen, todas las ideas y todo el ideario del Piaget definitivo. Podría afirmarse, incluso, que sin leer aquellos libros tempranos es muy difícil entender el significado profundo de la obra piagetiana, de esa obra tan entretejida, por otra parte, con su biografía.

## UN ARMONIOSO DESIGNIO

La biografía intelectual de Piaget asombra efectivamente. Pese a su gran amplitud y su vasto espectro, ninguna de sus partes ha ido en menoscabo, sino que ha favorecido un armonioso designio, jalonado por un itinerario complejo y de apariencia heterogénea, pero cerrado y circular en realidad. Tan cerrado y armónico y, a la vez, tan variado y tan dilatado como la propia Epistemología Genética, que es el producto suyo. Afamado especialista en el estudio de moluscos desde la adolescencia, biólogo en su juventud, psicólogo de la infancia durante largos años, insigne sucesor de A. Reymond como profesor de Filosofía e Historia de la Ciencia, autor de un tratado de Lógica, no por controvertido menos sugestivo y original, Piaget tampoco ha desdeñado la Pedagogía ni la Política Educativa. Durante años aceptó dirigir, por deseo de Claparède, la investigación psicológica del *Instituto J. J. Rousseau*, así como también asumió, por largo tiempo, la dirección de la *Oficina Internacional de Educación*.

Pero todas estas actividades, en apariencia tan interdesconectadas, no han contribuido a dispersar y sí,

(2) Tr. castellana en: Barcelona, Península, 1970 y 1973.

(3) Lausanne, Edition La Concorde, 1916.

(4) Lausanne, Edition La Concorde, 1918.

(5) Genève, Labor, 1928.

por el contrario, a apuntalar y a hacer más sólido esa gigantesca construcción que es la Epistemología Genética, en su orgánica unidad.

El ideario juvenil de Piaget, el de elaborar una teoría genética del conocimiento de inspiración biológica que permitiese explicar el sistema completo de las ciencias en función y a partir de la lógica de la vida se ha cumplido, en cierto modo. La Psicología ha servido de mediadora. El estudio del pensamiento infantil ha sido el tramo intermedio, necesario para poder enlazar, a su través, la actividad biológica con el pensamiento lógico-matemático. La creación, en 1956, del *Centro Internacional de Epistemología Genética*, donde trabajan, desde entonces, bajo una inspiración común —la de Piaget— multitud de especialistas en diversas disciplinas y procedentes de muy distintos países del mundo ha constituido, también, la «plasmación institucional» de ese mismo designio totalizador.

## LA METAFISICA, FUENTE DE LA ARMONIA

¿Cómo entender esa totalización, tan acabada y coherente, sin apelar a los principios unificadores de tan variadas y plurales ocupaciones? Pues bien, esos principios unificadores residen, pienso, en ciertas concepciones relativamente sencillas, incluso ingenuas y de clara factura metafísica que se hallaban explícitas en los primeros libros de Piaget, antes mencionados, y que luego han continuado siempre presidiendo, —si bien ya de un modo velado, subrepticio—, toda su obra.

En uno sólo de sus escritos, que yo sepa, aludió Piaget, a esas concepciones y a aquellos libros. Fué en una *Autobiografía* que se reeditó con ocasión del homenaje a su 70 aniversario (6). Allí Piaget, con mirada retrospectiva, creía descubrir tras de su propia obra, la expresión reiterada y bajo múltiples formas de una «única idea». Esa única idea habría sido, según su propia confesión, una teoría de las relaciones entre los todos y las partes, teoría cuya formulación primera se habría dado, precisamente, en *Recherche*.

*Recherche*, publicada cuando Piaget contaba 22 años, era una novela filosófica cuyo protagonista —Sebastián— personificaba al propio Piaget (7). En calidad de novela, y literariamente hablando, no es, ciertamente, una obra maestra. Pero seduce, a pesar de todo, como autobiografía. Su encanto emana de todo aquello que evoca: los años de formación de Piaget, sus lecturas, sus maestros, las influencias recibidas, el ambiente de los años concomitantes a la Primera Guerra Mundial. Pero además y sobre todo, *Recherche* interesa porque revela, con ingenua claridad, esa «única idea», así como ese ideario que, como un geómetra de la línea recta o como un biólogo de la ortogénesis, Piaget ha sabido perseguir.

(6) En: *Jean Piaget et les sciences sociales* (Varios autores). Genève, Droz, 1966, pp. 128-158. Hay traducción castellana, coordinada por M.A. Quintanilla en: Salamanca, Editorial Sígueme.

(7) J.C. Bringuier: «—¿Sebastián era usted?»  
J. Piaget: «—Era yo».  
Tomado de BRINGUIER, J.C.: *Conversaciones con Piaget*. Barcelona, Granica, 1977, pág. 29.



Era la idea de que la vida, germen de toda realidad, principio indisoluble tanto de lo material como de lo espiritual, se caracterizaría por adoptar, en su incansable devenir, innumerables formas, siempre nuevas. Pero todas esas formas (estructuras) y ya se tratase de animales o plantas, de conductas psicológicas, de grupos sociales, de modelos cognoscitivos o incluso de sistemas políticos o de códigos morales, se configurarían siempre como *estructuras*, diversas en cuanto a sus contenidos, pero presididas siempre por una misma ley: la del «equilibrio ideal» o de la «conservación recíproca del todo y las partes». En cualquier dominio de la realidad existirían, pues, totalidades, bien individuales y de tipo substancial, bien colectivas y de naturaleza esencial, y en estas totalidades —el organismo o la especie biológica; el individuo o el grupo social; los particulares o los universales lógicos; el cantón o el Estado; el sujeto moral o el colectivo ético que lo envuelve etc.— en cada una de esas totalidades existiría la misma tendencia incoercible por alcanzar un equilibrio, nunca definitivamente encontrado, entre el predominio de las partes o el predominio del todo.

Sin poder detallar aquí los pormenores de esta teoría del «equilibrio ideal» entre todo y partes o de su aplicación a los diferentes ámbitos —biológico, psicológico, epistemológico, ético o político— tal y como Piaget la efectúa en *Recherche*, quisiera, cuanto menos, reclamar vivamente la traducción de esa obra al castellano. Y quisiera, por último, subrayar que esa factura tan armoniosa, coherente y orgánica de la obra de Piaget, esa belleza plástica que impregna su sistema, es reflejo y efecto de un armonismo metafísico, acaso todavía más confortable y optimista que el mismísimo armonismo leibniano.